

■ «EJERCITO» DE HUMANOIDES EN UN POZO ARTESIANO ■

HAY casos que, aunque relativamente cercanos en el tiempo, y dentro de lo que ha venido en llamarse «Era Moderna» de los OVNIs, pueden ser ya considerados como clásicos. Uno de éstos tuvo lugar a mediados del mes de Septiembre de 1971, en un cortijo andaluz conocido con el nombre de «Los Lunarejos», propiedad entonces de un teniente general de Infantería y situado a unos tres kilómetros de la minera villa sevillana de Aznalcóllar.

El testigo de tan insólita historia fue un anciano -hoy ya fallecido- llamado Juan Rodríguez Domínguez, y conocido en aquellos lares como «Juan el de la Palmareña», al que yo mismo conocía bien desde hacía tiempo por haber estado trabajando en mi dehesa de «El Chaparral» como porquero y pastor de ovejas. Pues bien, hacia las diez de la noche de uno de los días de la fiesta de Aznalcóllar, apareció Juan con aspecto descompuesto frente a los contertulios de la popular taberna «El Letra» mascullando, en medio de una fuerte crisis nerviosa, que algo muy grande, parecido a un autobús, había descendido en «Los Lunarejos», desembarcando allí todo un escuadrón de pequeños seres.

Según pudimos reconstruir casi ^{dos} ~~treinta~~ años después de los hechos entre el genial investigador sevillano -desgraciadamente ya fallecido- Manuel Osuna Llorente, Emilio Lafite y yo, Juan se encontraba aquel atardecer acurrucado en un mísero chozo levantado en pleno tajo de la recolección de melones, preparándose tranquilamente para pasar la noche. Se encontraba no muy lejos de uno de

los pozos artesianos de que dispone la finca adyacente al sitio conocido como el «arroyo del Pilar Viejo», y que habitualmente se utilizaba como surtidor para regar la finca. Y así las cosas, mientras que Juan se encontraba canturreando por soleares, vio de repente cómo en las proximidades del pozo (a unos 350 metros de donde él se encontraba) tomaba tierra un gran aparato iluminado, del cual descendió un número indeterminado de «personas», muy numeroso por lo que relata el testigo, tal vez superior al medio centenar de individuos.

De pequeña estatura, el aspecto de aquellos visitantes nocturnos era «normal», sin nada especial que aparentemente los distinguiera. Vestían un uniforme azul muy ceñido, sin casco ni gorro, aunque con algo en la cabeza que impedía distinguir sus caras con nitidez (¿una escafandra o visor facial?).

Avanzaban en formación «castrense», en fila india, y no hablaban ni hacían gestos entre sí. Quizá por lo del «uniforme», por pisar un terreno agrícola perteneciente a un alto oficial del ejército, y por su antigua pero inolvidable experiencia como «quinto» en la «mili», el testigo siempre se ha referido a la troupe que desembarcó en Los Lunarejos como «soldados» o «la Fuerza». Los «militares» se dirigieron al pozo artesano, y poco después Juan perdió de vista a la mayoría de ellos, que habían descendido a «La Alberca», cuya parte baja no se divisaba desde el chozo. Cinco o seis «Jefes» (literal) (¿líderes o responsables del grupo invasor?) se quedaron fuera, en un ribazo, mirando hacia Juan. Los «jefes» sacaron algo parecido a una linterna, cuyo cegador rayo luminoso proyectaron con insistencia inmisericorde hacia los ojos del guarda. A todo esto, el melonero había echado mano de su escopeta de caza,



alarmado por el cariz amenazador que presentaba «el regimiento», y empuñando el arma se ocultaba tras los cañizos del sombrero para protegerse de la molesta «linterna» que le tenían «enchufada», pero cuando de nuevo «asomaba la gaita» los «jefes» volvían a enfocarlo con el aparato de luz. Cuando le preguntaron más tarde por qué no había hecho fuego contra el pelotón «atacante», lo explicó así: «¿Te crees tú que soy tonto? Si me lio a tiros con ellos me rodean y me hacen picadillo». A todo esto, la noche se echaba encima, y aunque Juan es «un tío bragao» le entró el temor consiguiente por la inquietante presencia del «ejército» y comprendió que «en ese plan allí a mí no se me había perdido na, y salí de najas».

(En su exposición ante Manuel Osuna, pareció dar a entender como si los ocupantes le hubiesen impartido una orden telepática de marcha inmediata: «Esta gente quiere que me vaya, y yo ya me estoy yendo»). Escondió donde pudo su escopeta de dos cañones y tomó las de Villadiego. Agitado

"MÁS ALLÁ DE LOS OVNIS" - 490 - MADRID, Nº 21, SEP-92



pusieron con él tomándole el pelo los hermanos Pérez Miranda que finalmente se vieron obligados a cambiar de actitud, a la vista de la extremada irascibilidad de Juan, que llegó incluso a sacar la navaja cuando le contradecían y «se cachondeaban de él diciéndole que había visto la luz del candil del Bizco Pardo». Estaba inquieto y sobresaltado y «se le notaba el julepe», a tal punto que no se separaba de la escopeta, incluso de día. Los Chicharos, temiendo que «pudiera sacudirle una perdigonada a alguien», optaron por extraerles los cartuchos.

CONCLUSION

Que sepamos, este es el caso en el que se han observado más presuntos humanoides juntos en la historia de la ufología mundial. Como detalles intrigantes (¿elegidos a propósito por la «fuerza» exobiológica?) nos enfrentamos a un testigo único, de avanzada edad y escasa relevancia social, precisamente durante el jolgorio popular de la Patrona, en las tierras de un oficial de alta graduación, en las inmediaciones de un manantial acuífero y con compañeros de trabajo del protagonista (los Chicharos) apañando aceituna en la explotación de un estudio de ufología. ¿No son demasiadas «casualidades»? ¿Qué se propuso la multitudinaria horda alienígena al asustar a un anciano y solitario guarda de melones? Tal vez su conocido programa de «influir sin perturbar», buscando que años más tarde se publicara un inofensivo reportaje en una revista especializada de limitada circulación, una inocua infiltración de la verdad extraterrestre sin pánico de masas, alarma social ni histeria colectiva. Si así fuera, el «ejército» interplanetario de «Los Lunarejos» ha dado pruebas fehacientes de una refinada inteligencia.

Ignacio Darnaude

por los nervios emprendió veloz huida camino del pueblo, dejando el «mato» y los melones a merced de los soldados. Tropezando a la carrera y cayéndose en la oscuridad alcanzó finalmente, para su gran alivio, los alrededores de Aznalcóllar.

«Tuve tiempo de ver colgaos detrás de mí —explica— a dos de los jefes echándome la linterna». Estos le persiguieron con la luz hasta muy cerca del casco urbano, a donde llegó descompuesto y sucio por los golpes y ropezones. Aún así, tuvo las suficientes fuerzas como para, entre jadeos, relatar la inverosímil historia «del regimiento que se había bajado en Los Linarejos», y donde lo tomaron por loco. Juan no entendía de platillos volantes, y en ningún momento se le vino a la mente nada relacionado con extraterrestres. En la intimidad ha

confesado que creyó que se trataba de alguna operación militar secreta: «Cuando éstos andan por aquí de maniobras, que no hay cuartel ni nada, será que están tramando un atraco o un complot político contra el Régimen»; y como desde su experiencia de la «mili» él «no quiere líos con los mandos», salió «disparao p'al pueblo».

JORNADAS POSTERIORES

En los días que siguieron al «gran susto de los militares», Juan no quería acudir al pozo artesiano. Y cuando le preguntaban el motivo razonaba así: «¿Para qué quiero ir a ver las pisadas, si yo los he tenido delante de mí de cuerpo entero?». Luego ya accedió a recorrer la zona del aterrizaje, y regresaba a la parcela de melones insinuando a los Chicharos (a la sazón los aparceros de aquella finca): «El que quiera que se dé un paseo por allí para que vea los rastros que me han dejado». Aunque parezca raro, era tal la incredulidad de los Chicharos que no se molestaron en caminar del melonar al pozo artesiano para comprobar las huellas en el terreno dejadas por «los soldados», y a las que continuamente se refería Juan. Nunca lo tomaron en serio y, por el contrario, empezaron a gastarles bromas pesadas ridiculizándolo. Tan pesados se



Aznalcóllar, 12 de septiembre de 1971, 19.00 horas

DESEMBARCO EN EL LUNAREJO

Los diez o doce campesinos que disfrutaban de una tranquila tertulia al atardecer se levantaron repentinamente. El sobresalto del grupo se produjo cuando un hombre tan anciano y respetado como Juan Rodríguez Domínguez "el Palmareño" irrumpió a la entrada del pueblo. El anciano iba tropezando y levantándose, víctima de un terror antinatural mientras gritaba "¡el viajero, el viajero!", hasta que cayó desplomado a la entrada de Aznalcóllar. A su auxilio acudieron rápidamente los hombres preguntándose qué había ocurrido.

Tras unos minutos durante los cuales varios vecinos le rodearon intentando que despegara las manos de su escopeta de caza, aquellos trabajadores del campo sevillano oyeron en boca del guarda la más extraña de las historias. Como cada jornada, "el Palmareño" había ido a vigilar El Lunarejo, un vasto melonar que estaba situado en las proximidades del pueblo. Atardecía cuando, ante su sorpresa, observó un inmenso objeto ovoidal "como el viajero" —el autobús que hacía la ruta desde la comarca del Aljarafe a Sevilla— que bajaba de los cielos para posarse en aquellos terrenos. Era una nave inmensa que quedó estática sobre una de las laderas del melonar. Un brillo metálico que resplandecía al ser alcanzado por los rayos solares le conferían el aspecto de un gigantesco proyectil. "El Palmareño", hombre curtido en el duro campo andaluz, no sabía nada



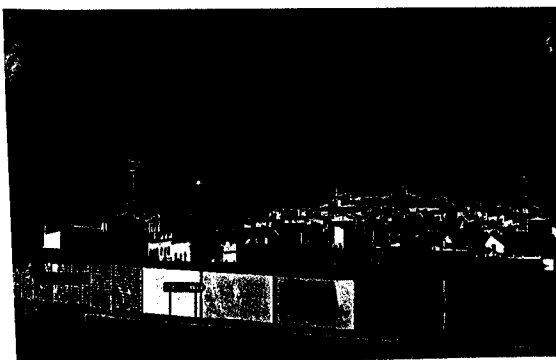
IGNACIO DARNAUDE.

Juan "el Palmareño" recuerda días después lo ocurrido en el melonar donde aterrizó el extraño viajero.

de ovnis ni de visitantes del espacio, pero aquello le estremeció. Se puso en cuclillas y se aferró a su escopeta de dos cañones "por si fuera necesaria". A los pocos segundos, dos portezuelas situadas en los extremos de la gran nave se abrieron súbitamente... y de ellas comenzaron a descender por una pequeña rampa multitud de "enanos" uniformados.

Fue entonces cuando Juan comenzó a especular con las distintas posibilidades que ofrecía aquél insólito espectáculo: era un desembarco militar, un golpe de Estado..., un ataque armado hacia el Gobierno de Franco. Consternado por lo que creía una operación militar, decidió ponerse en pie. Uno de esos "hombres" le enfocó con una potentísima "linterna" dejándolo medio ciego y a punto de hacerle caer a tierra. Aquel "regimiento" se había ido aproximando a un pozo artesiano que surtía a la finca. Iban en dos filas y Juan había comenzado a sentir un temor irreprimible. Se había dado cuenta que aquellos seres no parecían humanos. Su bajísima estatura —apenas un metro de altura— les daba el aspecto de niños. Unos infantes cubiertos con algo que impedía ver su rostro y que aparecían embudidos en trajes azulados, al parecer de una sola pieza.

Aznalcóllar hoy. A partir del encuentro de Juan Domínguez en 1971, la localidad se convirtió en un auténtico hervidero de incidentes ovni.



IKER JIMÉNEZ.



AURELIO. "LA GACETA DEL NORTE".

De aquel artefacto gigantesco descendieron a tierra 50 ó 60 humanoides uniformados.

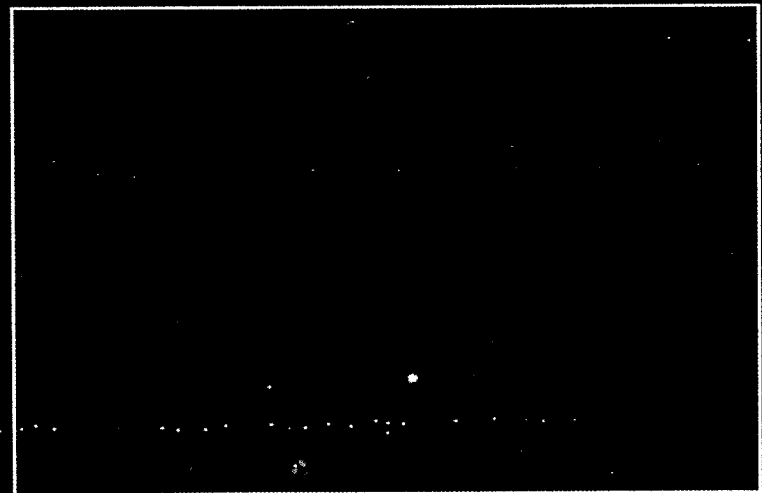
Seis de estos seres comenzaron a caminar deprisa hacia la choza del Palmareño lanzando ráfagas de luz emitidas por aquellas linternas que producían un insoportable dolor de cabeza e irritación ocular en el único testigo. El pavor se apoderó del guarda hasta tal punto que, sin pensarlo dos veces, emprendió una frenética carrera hacia el pueblo. Cuando, transcurridos unos doscientos metros, se volvió hacia atrás para mirar, comprobó espantado que dos "enanos" habían seguido su camino. Corrían tras él como queriendo alejarle del lugar mientras le enfocaban con las "linternas".

Al final, y sin atreverse siquiera a volver la vista atrás, realizó casi tres kilómetros a la carrera hasta llegar al pueblo para pedir auxilio. Inmediatamente, y sin dudar un ápice de la honorabilidad de Juan "el Palmareño" la familia de los Chifcharos, copropietarios del melonar, emprendieron una veloz carrera hasta el pozo artesiano. Allí, aunque no estaba aquel "viajero volador", encontraron decenas de pisadas extrañas. Diminutas huellas como si hubieran sido impresadas por pequeños botines rodeaban en hileras el pozo de El Lunarejo.

Los testigos decidieron hacer un pacto de silencio, conscientes de lo difícil que resultaba creer aquella historia. Al día siguiente, Juan Rodríguez Domínguez "el Palmareño" denunciaba el hecho en el cuartel de la Guardia Civil.

Al ser interrogado sobre la posibilidad de que hubiera utilizado su escopeta, respondió sin titubeos: "Si hubiese disparado, me habrían 'arrodeado', y a estas horas no podría yo contárselo....".

OVNI DOCUMENTO



Juan Antonio Cerpa Niño obtuvo esta impresionante imagen de un objeto discoidal de tamaño gigantesco que sobrevolaba Aldea de Bolonia (Cádiz) en los últimos días de agosto de 1973. El ovni tenía casi cincuenta metros de diámetro y era de un color gris plomizo. Juan Antonio sólo tuvo tiempo de tirar dos fotos, tras de lo cual el objeto emprendió vuelo alejándose en vertical.

"ENIGMAS", JUNIO - 97